



Pedro Garcia

VILLENA, 15 Junio 1909

Núm. 60

LA LUZ DEL PORVENIR

PERIÓDICO QUINCENAL ESPIRITISTA

ÓRGANO DEL CENTRO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

LA CARIDAD

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Villena, un trimestre 0'30 peseta

Fuera 0'45 »

Número suelto 0'05 »

PAGO ADELANTADO

ADMINISTRACIÓN

Calle de San Cristóbal, número 12

Á la memoria de

Amalia Domingo Soler.

BENDITA una y mil veces!!
 Tu radioso estro, tu gran númen, gloria sublime del Arte, que en magníficas estrofas cincelaste el cuadro de la vida universal; esas grandes apoteosis que todas las creaciones rinden al Supremo Hacedor, radiantes de esplendor y de riqueza, al compás de tu pluma bajaron de la eterna Creación, borrando á la Muerte ese trágico sudario que la envuelve; en su seno penetraste cual bisturí de luz rasgando las ténues capas, y alumbrando el terrorífico abismo que tras la fosca se levanta y en haces de luz argéntea el mundo de las sombras interrogaste la misión lógica de este reverbero de pasiones, de vicios, de dolores.... Llovieron sobre tí raudales cristalinos de palabras divinas; y amores, glorias, penas, triunfos, se revelaron de esa vida sombría que no acaba en el día de la muerte; toda una vida trágica de dolores sempiternos huyó cual las sombras de la noche, desvanecidas al primer albor de la mañana; y tú, alondra de un nuevo día, cantaste las dulzuras del bien de un mundo ignorado. Tu áurea lira, tu inspiración fecunda, marcó los compases de un torrente de notas armoniosas, lenguaje de los dioses que llamaba al sentimiento de un alma apasionada por lo bello, lo bueno y lo verdadero; voces delicadas que en tus grandes deliquios amorosos, desbordaban la gran pasión que el mundo racional, el mundo de los espíritus te infundía, y ante el cuadro de lo real, se avivaba más y más en tu corazón magnánimo esa llama ignota del amor que siempre agigantó tu luchador

espíritu, tabernáculo de dulcísimos afectos, que bien dulces ritmos daba cual el cantor del bosque á la humanidad sumida en el lecho del dolor, esa sentida melodía, ecos de armonías celestiales que, haciendo vibrar las cuerdas más sensibles de nuestro corazón, impulsaba á la voluntad á la práctica del amor por la caridad.

Fuiste pintor de lo bello y de lo sublime: las armónicas medias tintas del boceto de la vida que empieza y la que acaba, con trazos divinos las trazaste; soberbios rayos de luz fueron que al alma hablaron. Escultor grandioso que á la sombra de la muerta vida esculpiste. Cíncel arrebatador de la belleza que grabaste en cada corazón un himno á Dios. Poeta celestial, que el éter y sus grandiosas maravillas, creaciones espléndidas de soles, moradas deslumbrantes de glorias y de sér's, en marmóreas endechas allí grabaste, y en ritmos musicales el Amor coronó tu labor santa.

Poeta sagrado, unguado por Dios para revelar al mortal por tu inspiración gloriosa ese mundo invisible que llora y sonríe de amargura y gloria, mensajera de Dios entre los hombres, la de pródidas manos siempre brindando llamas de pensamientos que abrasaron los intelectos por esos caldeantes rayos del sol de la Verdad Espiritista; tú, la avasalladora de la bondad y belleza, dominando las reverberaciones de un mundo de justicia, las absorbías, las encauzabas, y ora en los presidios, en esos antros de delincuencia y horror, tan faltos de la luz del Creador por sus vicios y pasiones, llegabas, piadosa, presentando la copa del consuelo, del alimento espiritual; allí ofrendabas á Dios brindando el pan del alma á los infelices sumidos en el dolor.

Forjando lazos de amores, á las cadenas de bronce amenguabas los tormentos de esa ley inquisitorial, y abriendo de par en par las puertas de tu corazón, sobre el alma lacerada vertías los láudanos de tu inmensa bondad.

De hinojos ante la cama de un moribundo, desplegabas tus alas fulgurantes, ángel de amor, figura sublime; allí exhalabas la súplica ferviente al Hacedor en demanda de auxilio y misericordia hácia el que consumiendo la vida en el Hospital, en los estertores de la agonía, preparábase hácia lo eterno. En esos momentos sublimes, tu alma toda luz, henchida de amor, desprendía múltiples chispas que engarzaban las ardientes lágrimas que del espacio, una madre amorosa desprendía, y en consuelo bienhechor rociabas al espíritu convulso y solitario.

Niños huérfanos, madres desconsoladas, padres y amantes desesperanzados, abatidos ante la tumba de sus amores muertos, todos, todos llorarán lágrimas de dolor por tu inevitable partida.

Fuente de consuelo tus escritos eran; escribiendo, orabas; luchando, amabas; trabajando, elaborabas la elevación de tu alma y la de muchos infelices, á quienes abrías deslumbrante camino de gloria y triunfo.

Yo, la más pequeña, la más humilde de tus discípulas en esa gran falange de seres que redimías, al enseñarme á amar, al enseñarme á vivir con arreglo á la Ley, erijo dentro de mí un mausoleo digno de tí, un lugar sagrado en mi conciencia, ya que en tu vida terrena procuraste implantar un sentimiento de amor y de piedad; allí te venero incensándote con el perfume que exhala la siempreviva del amor que mi gratitud te olrenda.

Vivo en tí por el esfuerzo que mi alma agradecida irradia de continuo, de la patria de Amor en do vives, lanza un ténue rayo de tu luz potente y alumbrame en las lobregueces de esta fatal existencia, que por el camino de Dios irá mi corazón hácia tí.
¡¡Bendita una y mil veces, santa mujer!!

M.^a Dolores Miquel

¡OS COMPADEZCO!

Si nunca mitigásteis los dolores,
si jamás en la sombra y el silencio
buscásteis á la paz confortadora,
yo os compadezco.

Si una limosna dísteis sin que el alma
saltase de emoción dentro del pecho;
si jamás disculpásteis la miseria,
yo os compadezco.

Si no sentís la gratitud bendita
—dulce perfume que se eleva al cielo,—
si la calumnia llega á vuestra casa
y encuentra en ella nido y aposento
para tejer infamias y vilezas,
¡yo os compadezco!

M. R.

Amar á Dios

SE ha dicho: «Amarás á Dios sobre todas las cosas.» No está mal dicho, pero se presta á comprenderse mal, como se comprende; porque por ese «sobre todas las cosas,» no son pocos los

que se creen autorizados para aborrecer cuanto no lleve renombre de Dios, si está en oposición á sus tendencias ó pasiones.

Sería mejor decir: «Amarás á Dios EN todas las cosas.» Porque no se concibe que pueda amarse á Dios en verdad, sino *en su obra*. Dios es el Supremo Autor de todo; dádole su precisos atributos, todo cuanto ha producido es bueno y perfecto en su plano y Él lo diviniza con su presencia immanente. No es, pues, posible amar á Dios y aborrecer su obra. No olvides ésto, lector querido.

Si en verdad quieres amar á Dios y no quieres pasar ante Él por un falsario, cuando en tu corazón sientas germinar la pasión del odio contra alguien, esfuerzate en ahogarla. Si así no lo haces, en vez de amar odiarás á Dios, porque esa *alguien* es obra de Dios y Dios está en él.

Puedes engañar á los hombres, á Dios jamás. No quieras dejar satisfecha tu conciencia con palabras ó con manifestaciones externas de amor y adoración á la Causa Suprema, si en ellas no va encerrado, sin fingimiento, el amor á todo y á todos, porque te engañarías á tí mismo.

No reconozcas, pues, enemigos: ama sin distinción, como si cada ser fuese, como lo es, un sagrario de la Divinidad.

Cuando eso consigas, gozarás de completa calma y de felicidad permanente, que es lo que te deseo.

Charitas

LA VIDA Y LA MUERTE

Las tumbas son cunas y las cunas son sepulcros.

El polvo se confunde con el polvo y el espíritu regresa á lo infinito. Al despertar en el espacio, observamos que nos hemos llevado un cuerpo semejante al que teníamos en la tierra, pero imponderable y etéreo. Nos convencemos de ello, marchando á la tumba que guarda nuestros despojos, y allí contemplamos el organismo que sirve de envoltura al cuerpo flúidico, éste á su vez sirviendo de estrecho lazo entre el espíritu y el cuerpo material. Entonces comprendemos que el organismo terrestre no es sino una vestidura de la cual nos despojamos al traspasar los umbrales de la eternidad; y allí aprendemos que la muerte es sencillamente el cambio del espíritu de la vida física á la superfísica ó espiritual; que morir es alzar el vuelo hácia los estados interplanetarios, nacer en otro mundo mejor. ó quizás tomar un nuevo cuerpo en ésta tierra erizada de dolores y cubierta de tristezas, para continuar la lucha y el combate en favor del progreso moral é intelectual de la humanidad.

Nuestra vida es una sombra, un instante, comparada con esa existencia sin fin que constituye la eternidad de los seres. El hombre en su vida presente no es más que un punto en el espacio. El espíritu es la vida del hombre, y nuestro cuerpo nada más que la forma exterior de ella. Así es que, durante la vida material, nuestro yo, el alma, está en constante comunicación con los espíritus que pueblan el espacio, sin que de ello á veces nos demos cuenta. Los espíritus buenos nos prestan salud, fuerza y vida cuando practicamos el bien y cooperamos con ellos á propagar nuestros sanos principios, tan útiles y necesarios para la redención y salud de los pueblos. Los seres imperfectos producen las enfermedades, engendran la duda, inician la discordia entre los hombres, y son causa de miles de trastornos en nuestros actos y obras, imbuyéndonos pensamientos perniciosos.

¡Hombres! aprended para siempre, que la tierra y el hombre no constituyen el centro y el fin de la creación.

Bien sabéis que la ciencia nos dice, después de haber escudriñado con el telescopio el fondo de los cielos, que nuestro planeta, comparado con los demás mundos que se mecen en lo infinito, es bastante imperfecto, físicamente hablando, y apesar de eso, seres inteligentes se extienden por la haz de la tierra, luminosas conciencias resplandecen en nuestro cielo moral, seres pensadores propagan sus doctrinas, seres orgánicos diariamente aspiran su atmósfera y se nutren con sus frutos; continúa la ciencia explicando con mucha lógica, que es consecuencia de lo supradicho, que si la tierra, con ser inferior á esos otros mundos, está habitada, también esos soles, esos cuerpos luminosos que en noche estrellada contemplamos silenciosos, estarán habitados por seres inteligentes. Y aquí viene el Espiritismo á hacer luz. Éste, apoyado en experiencias que no dejan lugar á duda, nos enseña que esos seres que pueblan los demás mundos los hemos conocido ó los conoceremos en el porvenir, porque todo se relaciona en la Naturaleza y nada en absoluto existe aislado en la inmensa extensión del universo.

Ensanche nuestro pecho la esperanza, porque el porvenir es nuestro. Conquistemos virtudes, practiquemos el bien y podremos mirar tranquilamente, cara á cara, lo infinito, y en alas de la fé elevar nuestro pensamiento hasta las regiones donde las impurezas de los hombres no alcanzan, y desde allí repetir con los espíritus de luz: ¡Oh Tu, Sér Omnipotente, que gobiernas mundos, soles y planetas, que iluminas conciencias é infiltras en los corazones sentimientos benévolos hácia los que sufren, desgraciados de éste mundo y del espacio! ¡Oh, Tu, Sér Infinito, autor del Universo, desde lo más íntimo del alma te doy gracias por haberme traído al sendero en que me hallo, y espero de tu infinita misericordia me inspires ideas elevadas para poder seguir guiado por esa polar estrella de la vida que se llama Espiritismo! Y vosotros, espíritus

de luz que veláis por el progreso de la humanidad, inspiradme para que siempre marche por buen camino, y á todos los que nos hallamos en expiación, dadnos fuerza de voluntad para alcanzar que seamos hoy mejores que ayer y mañana mejores que hoy.

Sinceramente espero que nos sostengáis en la lucha por el progreso con vuestros consejos y con vuestros benéficos flúidos, para que podamos decir cuando ya nos acerquemos al ocaso de la vida, que nuestro paso por el mundo no ha sido inútil, que hemos procurado servir en algo á la humanidad, que hemos vivido en fraternal armonía, y así podamos pronunciar bien claro, dando nuestro último adiós al planeta, este sublime apotegma del Espiritismo: «Nacer, morir, volver á nacer y siempre progresar: Tal es la Ley.»

Luis Martínez Betances.

DE ULTRATUMBA

Si queréis hacer el camino de la existencia sin que ladrón os asalte ni precipicio os desvíe y os despeñe, caminad dentro de la Justicia.

No pretendáis nada fuera de ella; no queráis bien alguno que ella no sancione.

La Justicia es la ley inmutable que rige las leyes del espíritu y de la Historia.

El destino humano, individual y colectivo, es por ella regulado y dirigido.

No fijéis, pues, vuestras esperanzas en ningún éxito que la justicia no sancione, para que el desengaño no hiele algún día vuestros espíritus.

Con la Justicia y sus obras, amad el infortunio, la pobreza, el sufrimiento, bajo cualquiera forma que se os presente.

Sin la Justicia, desechad la felicidad, el goce, la prosperidad, la riqueza; porque vanas y pasajeras serán sus delicias, y algún día despertaréis desdichados, pobres y míseros; porque todo lo engañoso, injusto es, y pasa como sombra vana, dejando decepcionado y triste el espíritu.

* * *

¡Es tan mezquino el punto de vista de la Humanidad sobre el concepto de justicia! La justicia humana sólo mira la pena, el dolor, el castigo. La justicia divina procede de diferente modo; la justicia divina es amor y sólo mira la enseñanza y el progreso al

permitir la pena, no impuesta por Dios, sino impuesta por el hombre, asimismo, cuando al sembrar, recoge el fruto de lo que sembró.

Así la expiación, aunque sometida al «ojo por ojo y diente por diente,» tiene que sufrir modificación en la criatura, que por sus lágrimas y por el dolor de su arrepentimiento, quitó algo de su peso á la balanza de la Ley.

Si el arrepentido, si el regenerado, sufriese la expiación en toda la medida y el rigor de su falta, sufriría, no equitativamente, sufriría duplicadamente, puesto que al rigor de la reparación, se uniría el dolor, muchas veces mayor, del remordimiento.

Así, en este sentido, la expiación se modifica en intensidad, por lo mismo que está sometida á la ley fatal de reparación.

¡Oh, culpables de la Tierra, volved los ojos al porvenir! ¡Llorad vuestras culpas, procurando regar con lágrimas el camino por donde pasásteis sembrando el mal, y cuando volváis á recoger el amargo fruto de vuestras obras, no es posible que deje de tenerseos en cuenta vuestros anticipados sufrimientos!

* * *

Hijos míos: la Ley moral tiene una base: la Justicia. ¿Pero qué es la justicia?

Según los hombres, la justicia es semejante á un hombre, que defraudó y lapidó y usurpó, y á fuerza de rapiñas se hizo rico, y luego, andando el tiempo, sus herederos fueron despojados y clamaron ¡justicia! porque se nos ha quitado lo que nuestro era. Y el juez dijo: efectivamente, vuestro era, y los que os han despojado irán á la horca por ladrones.

Entonces dijo el Rey: éstos porque usurparon lo que no era suyo, perecerán; pero vosotros que disfrutásteis y gozásteis lo que no os pertenecía, pagaréis las costas y alimentaréis las viudas y los huérfanos de éstos.

Id en paz y no pidáis más.

En éste simil os presento la justicia humana y la verdadera justicia: la Justicia Divina.

* * *

Entre vosotros ¡oh mis queridos!, se agita una cuestión palpitante: la propiedad.

¿Qué es la propiedad? según vosotros lo que poseéis de buena, ó mala manera, heredado ó adquirido.

¿Qué es la propiedad, según la Ley de Justicia? Lo que el hombre ha adquirido buenamente, sin atropellar el derecho ajeno.

¿Creéis que á quien de esta manera posea pueda nadie despojarle?

Cuando veáis la ruina en cualquiera de vuestros semejantes, es

seguro, que, lejos de quejarse, debo todavía sacrificar algo de lo que le queda para subsanar el distruto de aquello mismo, que ha perdido y que indebidamente ha gozado y poseído.

Meditad mucho sobre los acontecimientos que se suceden ante vuestros ojos, porque encierran altas lecciones y sublimes enseñanzas para el hombre sabio y pensador.

¿No se os ha dicho que solo caerá lo que ya está herido por su propia corrupción? ¿No se os ha dicho que un mal no se realizaría, si no fuera justo?

Sabéis que dentro de una Ley inmutable se desarrolla el destino humano, y ningún acontecimiento adverso ó feliz, puede realizarse fuera de esa Ley, tan sabia como providente, tan hermosa como justa.

* * *

En el universo solo hay belleza, bondad y luz esto es, bien.

Tal fué, es y será la ley permanente que todo lo rige, así las causas como los efectos.

Cuando veis alguna creación que os parece imperfecta, no lo es, por más que á vuestro juicio aparezca como la expresión de la fealdad.

Es solamente que, con relación á mayor grado de belleza, existe en aquel sér menos perfección.

¿Por que, pues, si el universo existe en el seno del bien, como la gota de agua en la inmensidad de los mares, resulta que vosotros solo apuráis males, dolores y desdichas durante vuestra vida transitoria?

Consiste, hermanos míos muy queridos, en que el mal que lamentáis no está fuera de vosotros en los acontecimientos ni en las circunstancias que os rodean.

El mal que apuráis está, ya os lo hemos dicho antes, dentro de vosotros mismos. El mal que sufrís es el vacío que en vuestros corazones deja la falta de fé, la falta de ciencia, la carencia de amor y de esperanza.

Si fuérais tan sabios como justos y tan justos como buenos, nada os sorprendería de cuanto en la tierra pudiera acontecer, ni ninguna posición por violenta y difícil que ocupárais en el mundo destruiría la calma de vuestro espíritu ni la serenidad de vuestro ánimo.

Tampoco sobrevendrían en la Tierra los males que, por ley precisa, vuestra imperfección actual acumula sobre ella; porque aun cuando penetrárais en un antro, allí iría la luz, el contento, la serenidad y el consuelo con vosotros.